

LIBERTAD Y PROPIEDAD*

LUDWIG VON MISES

I

A finales del siglo XVIII se dan dos conceptos de libertad. Ambos son diferentes de la acepción actual de libertad política y personal. Uno de estos conceptos era puramente académico y no encuentra ninguna aplicación en la política; fue eliminado de las obras clásicas que componían en ese momento la esencia misma de la educación superior. Los pensadores de la Antigüedad no consideraban la libertad como un bien accesible a todas las personas; era el privilegio de la minoría, y a la mayoría le estaba vedada. Desde el punto de vista de la terminología contemporánea, lo que los antiguos griegos llamaron democracia no se corresponde con lo que Lincoln denominó «el poder del pueblo». Se trataba más bien de una oligarquía, del poder de los ciudadanos de pleno derecho en una sociedad compuesta en su mayoría de esclavos y metecos. Sin embargo, ya desde el s. IV a.C. los filósofos, historiadores y oradores ya no consideraban esta —muy limitada, por cierto— libertad como una institución constitucional viable, sino como parte de un pasado irrecuperable. Lamentaban el fin de su edad de oro, pero no sabían como volver a ella. El segundo concepto «antiguo» de libertad no es menos oligárquico, aunque no se asocie con ninguna alusión literaria. Era el deseo de los terratenientes y la aristocracia ciudadana de proteger sus privilegios contra el absolutismo real que comenzaba a ganar fuerza. En la mayor parte de estos conflictos en Europa, los reyes consiguieron imponerse. Sólo en Inglaterra y los Países Bajos la nobleza y la aristocracia urbana fueron capaces de vencer el poder de las dinastías; no obstante, lo que lograron apenas

* Artículo publicado en *Socialismo*, (edición internacional de Alexander Kouryaeu). Editorial Sotsium, Moscú, Cheliabinsk, Rusia 2011.

podría llamarse libertad para todos. Era una libertad estilista, un privilegio de minorías.

No se puede acusar de hipocresía a aquellos que abogaban por la libertad mientras se limitaba la capacidad jurídica de la mayoría, por no hablar de la conservación de la servidumbre y la esclavitud. Se enfrentaron a un problema cuya resolución satisfactoria no parecía posible. Para una población en constante aumento, el sistema tradicional de producción se volvía ineficiente. Crecía el número de personas que, considerando el método de producción precapitalista y artesanal prevaleciente, estaban literalmente de más. Estas personas «sobrantes» se convertían en mendigos hambrientos, una amenaza para la conservación del orden social existente, y, durante mucho tiempo, nadie pudo pensar en la creación de un orden diferente, en el que fuera posible alimentar a todos estos desafortunados; ni hablar de darles plenos derechos civiles o participación en el gobierno. Los gobernantes sólo conocía un método —el uso de la fuerza— para reprimir las protestas.

II

El sistema de producción precapitalista es restrictivo. Históricamente, se había basado en la conquista. Los reyes victoriosos otorgaban tierra a sus vasallos, y estos aristócratas eran señores en el sentido literal, ya que no dependían del patrocinio de los consumidores que compraban o dejaban comprar en el mercado. Por otro lado, ellos mismos eran los principales consumidores de productos de los gremios organizados de producción. La estructura corporativa de los gremios es resistente a innovaciones, y no permitía apartarse de los métodos de producción tradicionales. Incluso en la agricultura y la artesanía, en el número de puestos de trabajo siempre ha sido limitado. En tales circunstancias, como apuntó Malthus, muchos trabajadores descubren que «no tienen cabida en la gran celebración de la naturaleza» y que «deberían retirarse».¹ Sin embargo, algunos de estos parias consiguieron sobrevivir, tener

¹ THOMAS R. MALTHUS, *An Essay on the Principle of Population*, 2nd ed., London, 1803, p. 531.

hijos y con su existencia aumentar el número de personas pobres con una vida sin perspectivas.

Luego llegó el capitalismo. Se considera que la principal novedad que éste introdujo fue la sustitución de métodos primitivos e ineficientes de la producción artesanal por la industria mecanizada. Esta es una visión muy superficial. El rasgo característico del capitalismo, que lo distingue de los métodos de precapitalistas de producción, es la venta de bienes de consumo listos para su explotación.

El capitalismo no es solo producción en masa: es producción en masa para satisfacer las necesidades de las masas. La producción artesanal de los buenos viejos tiempos solo podía satisfacer las necesidades de los ricos, en cambio, las fábricas que producen bienes baratos para un amplio espectro de consumidores. Resultó ser que las primeras fábricas fueron diseñadas para servir a las grandes masas, la población que trabajaba en las fábricas. Les suministraban sus productos, de manera directa o indirecta, mediante la exportación de sus productos, y ofreciendo al consumidor de este modo alimentos y materias primas extranjeras. Este principio de comercialización es característico tanto del capitalismo moderno como del más primitivo. Los mismos trabajadores de las fábricas eran los consumidores de la mayor parte de bienes fabricados; se convirtieron en esos consumidores soberanos que «siempre tienen razón». Comprando o absteniéndose de hacerlo, determinaron qué debe producirse, en qué cantidad y de qué calidad. Demandando aquellos bienes que mejor se adaptaban a sus necesidades, unas empresas podían aumentar sus ingresos y desarrollar mejor su industria, mientras que otras se vieron obligadas a perder dinero y reducir la producción. De este modo, los consumidores otorgan el control de los factores de producción a los comerciantes que mejor satisfacen sus necesidades. Con el capitalismo, la propiedad privada de los medios de producción se convierte en una función social. Los empresarios, capitalistas y terratenientes son, por así decirlo, los síndicos de los consumidores, y su mandato puede ser revocado. Para ser rico, no basta con ahorrar y acumular capital; es necesario invertirlo constantemente en áreas que mejor se adapten a los deseos de los consumidores. El proceso de mercado es un plebiscito que se repite a

diario. Continuamente menguan las filas de las personas que reciben ingresos; el mercado discrimina inexorablemente a los que no hacen uso de sus bienes de acuerdo con las instrucciones dadas por los consumidores. Las grandes empresas, objeto de odio fanático por parte de todos los gobiernos modernos y los intelectuales autoproclamados, adquiere y mantiene su ámbito de influencia simplemente porque funciona para las masas. Las industrias que suministran objetos de lujo para pocos nunca serán grandes. Los historiadores y políticos del siglo XIX no se dieron cuenta de que los principales consumidores de la industria eran sus propios empleados. En su opinión, éstos trabajaban exclusivamente para el beneficio de la clase ociosa parasitaria. Creían —erróneamente— que el trabajo en las fábricas afectaba a la proporción de trabajadores manuales. De haberse dirigido a las estadísticas, habrían descubierto fácilmente su error: la mortalidad infantil se redujo, la esperanza de vida aumentó, se dio un aumento notable de la población, el hombre común promedio pudo acceder a una comodidad con la que los hombres de épocas anteriores podían soñar.

Sin embargo, el enriquecimiento sin precedentes de la masa es sólo un subproducto de la revolución industrial. Su principal logro fue la transferencia del dominio económico de los terratenientes a toda la población. El hombre común dejó de ser un obrero, obligado a contentarse con los restos de la mesa de su amo. Las tres castas marginadas, típicas de épocas precapitalistas —esclavos, siervos y aquellos a quienes los autores de la literatura patristica y escolástica, al igual que la legislación inglesa de los siglos XVI-XIX denominó «pobres»— desaparecieron. Sus descendientes en el nuevo sistema económico fueron no solo los trabajadores libres, sino también los consumidores. Este cambio radical se ha reflejado en la importancia que se concede a los mercados. La necesidad básica de los negocios son y serán exclusivamente los mercados; esto es el lema de la empresa capitalista. Los mercados involucran a los clientes y éstos, a los consumidores. El capitalismo ofrece solo un camino a la riqueza: satisfacer al consumidor de manera más eficiente y barata que los demás. Dentro de las paredes del taller o la fábrica, el jefe es el dueño (en las empresas es el presidente, representante de los accionistas). Pero esto es aparente,

es sólo una convención que está sujeta a la demanda de los consumidores. El consumidor es el rey, el verdadero jefe y el fabricante no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir si no supera a sus competidores en el servicio al cliente. Esto fue una gran transformación económica que cambió la faz de la tierra. Muy pronto, el poder político pasó de manos de una minoría privilegiada al pueblo. La adquisición de derechos económicos fue seguida por la adquisición de derechos civiles y políticos. Un hombre común, a quien el proceso de mercado le concedió el derecho de elegir a los empresarios y capitalistas, consiguió una autoridad similar en el campo de la administración pública: este hombre se convierte en votante. Destacados economistas han hecho notar (creo que por primera vez lo hizo Frank Fetter) que el mercado es una democracia en la que cada centavo da derecho a voto. Sería más correcto decir que el poder representativo del pueblo es un intento de organizar el sistema constitucional a imagen y semejanza del modelo de mercado; sin embargo, la idea no se llevó a cabo en su totalidad. En el ámbito político, siempre gana la mayoría, y la minoría debe someterse a la mayoría. Pero el mercado también abastece a la minoría, siempre que ésta no sea cuantitativamente insignificante. La industria de la confección fabrica ropa no sólo para la gente normal, sino también para personas con sobrepeso, y las editoriales publican no solo westerns y detectives para las masas, sino también libros para lectores más exigentes. Hay también otra diferencia importante. En el ámbito político, un hombre o un pequeño grupo de personas no puede no someterse a la voluntad de la mayoría. No obstante, en el ámbito intelectual, la propiedad privada acepta la posibilidad de un motín. Los rebeldes deben pagar por su independencia un precio muy concreto. En este mundo no existen premios que se puedan conseguir sin un sacrificio a cambio. Sin embargo, si uno está dispuesto a pagar el precio, es libre de apartarse de la ortodoxia o neoortodoxia. ¿Cual sería el destino de los herejes como Kierkegaard, Schopenhauer, Freud, Veblen en una sociedad socialista? ¿Y el de Monet, Courbet, Walt Whitman, Rilke, Kafka? A través del tiempo, los pioneros, creadores de nuevas formas de pensamiento y comportamiento, pudieron realizarse solo porque la propiedad privada hizo posible el desprecio de la mentalidad y las costumbres de la mayoría. Pocas

personas de entre estos disidentes contaban con la independencia económica suficiente para desafiar la opinión dominante de la mayoría; pero en una economía libre les fue posible encontrar personas dispuestas a ayudarlos y apoyarlos. ¿Qué habría sido de Marx sin su mecenas, el industrial Friedrich Engels?

III

La incapacidad de los socialistas de reconocer la soberanía del consumidor en una economía de mercado deprecia completamente su crítica económica del capitalismo. Solo ven la estructura jerárquica de la corporación y los planes, y no puede entender que lo que motiva a las empresas para servir a los clientes es el beneficio. Los sindicatos construyen sus relaciones con los empleadores de tal modo, que si la gestión —como ellos lo llaman— no paga salarios más altos a los trabajadores, es sólo por propia malicia y avaricia. No acusan ningún cambio que no esté en relación directa con la industria. Ellos y sus seguidores hablan de la concentración del poder económico, sin darse cuenta de que el poder económico en última instancia, pertenece a los clientes, la gran mayoría de los cuales son empleados. Su incapacidad para comprender adecuadamente la situación se refleja en metáforas como «rey de la industria» o «barón de los negocios». Son demasiado tontos para ver la diferencia entre el monarca soberano, que solo puede ser vencido por un oponente más fuerte, y un «rey del chocolate» que será privado de su «reino» tan pronto los consumidores opten por el producto de otro fabricante. Esta «distorsión» es la base de todos los planes socialistas. Si algún líder socialista hubiera intentado ganarse la vida vendiendo perritos calientes, habría comprendido rápidamente ciertas cosas acerca de la soberanía del consumidor. Pero eran revolucionarios profesionales, y su único trabajo era incitar a la guerra civil. Los ideales de Lenin eran la organización de la producción nacional como si fuera una oficina de correos, una institución independiente de la demanda, ya que su déficit presupuestario estaba cubierto por la recaudación de impuestos obligatorios. «Toda la sociedad —afirmó— se convertirá en una gran empresa, una

fábrica».² No comprendía que la naturaleza de la fábrica cambiaría por completo al convertirse ésta en la única en el mundo, y la gente ya no pueda elegir bienes y servicios de diversas empresas. Al no entender el papel de los consumidores en el capitalismo y el mercado, tampoco veía la diferencia entre la libertad y la esclavitud. Al considerar a los trabajadores solo como trabajadores y perder de vista el hecho de que también son consumidores, asumió que el capitalismo ya los trataba como esclavos, y su situación no cambiaría cuando las fábricas y talleres fueran nacionalizados. El socialismo sustituyó la soberanía del consumidor con la soberanía de un dictador o un comité de dictadores; junto con la soberanía económica de los ciudadanos pierden también su soberanía política. El único plan de producción que niega cualquier participación del consumidor, se corresponde en la esfera política con el unipartidismo, que priva a los ciudadanos de cualquier posibilidad de planificar el curso de los acontecimientos políticos. La libertad es indivisible. El hombre que no tiene derecho a elegir la marca de sus alimentos enlatados o su jabón, tampoco puede ya elegir entre varios partidos y programas políticos, ni a los funcionarios del Estado. Ya no es un hombre, se convierte en un peón en manos del ingeniero social supremo. Incluso su libertad reproductiva estará limitada por la eugenesia. Claro que los dirigentes socialistas ocasionalmente pueden afirmar que la dictadura de la tiranía se establece por un período de transición del capitalismo y el gobierno representativo al eterno socialismo, en el que todas las necesidades y deseos de la población estarán completamente satisfechos.³ Joan Robinson, una destacada representante de la Escuela Británica de New Cambridge amablemente prometió que tan pronto como el régimen socialista estuviera «adecuadamente protegido de la crítica» se permitiría la existencia «hasta de sociedades filarmónicas independientes».⁴ Así, la eliminación de toda disidencia es condición de lo que los comunistas

² V.I. LENIN, *State and Revolution* (New York: International Publishers, s.d.), p. 84.

³ KARL MARX, *Zur Kritik des Sozialdemokratischen Programms von Gotha*, ed. Kreibich (Reichenberg, 1920), p. 23.

⁴ JOAN ROBINSON, *Private Enterprise and Public Control* (published for the Association for Education in Citizenship by the English Universities Press, Ltd., S.D.), pp. 13-14.

llaman libertad. A la luz de esta conclusión, queda claro qué tenía en mente otro afamado inglés, J. Crowther, cuando elogió la Inquisición, afirmando que «beneficia a la ciencia, protegiendo a la clase emergente».⁵ El significado de esto no precisa interpretación: cuando todas las personas adoren con sumisión al dictador, no habrá más disidentes, ni nadie a quién eliminar. Calígula, Torquemada o Robespierre habrían estado de acuerdo con esta decisión. Los socialistas hicieron una revolución semántica, puesto que cambiaron el significado de las palabras por sus contrarios. En el diccionario de la «neolengua», como Orwell la denominó, cabe destacar una expresión: «principio del unipartidismo». Etimológicamente, la palabra «partido» viene del sustantivo «parte». El partido que no tiene iguales no se diferencia de su antónimo, lo uno, sino que es igual a él. El partido que no tiene contrincantes no es un partido, y el principio del unipartidismo describe, en esencia, un sistema sin partidos. Es el principio de la supresión de la oposición en todas sus formas. La libertad implica el derecho a elegir entre estar o no de acuerdo en algo. No obstante, en la «neolengua», libertad es la obligación de aceptar incondicionalmente la prohibición estricta de la disidencia. Tergiversar el sentido tradicional de la terminología política no ha sido característico solo en los casos del comunismo ruso y sus seguidores fascistas y nazis. El orden público que abolió la propiedad privada de los medios de producción; que, a su vez, privó a los consumidores de autonomía e independencia; que expuso a cada persona concreta a la tiranía de la Junta Central de Planificación, no pudo encontrar el apoyo de las masas sin disfrazar su propia esencia. Los socialistas no podrían engañar a los votantes si declararan abiertamente que su principal objetivo es atraer gente a la esclavitud. En público, se vieron obligados a alabar hipócritamente la libertad.

IV

Durante los debates esotéricos entre los militantes más involucrados, el discurso sonaba de manera muy diferente. Aquí, los

⁵ J.G. CROWTHER, *Social Relations of Science* (London, 1941), p. 333.

iniciados no ocultaban sus intenciones con respecto a la libertad. En su opinión, la libertad fue una bendición en el pasado, en el marco de la sociedad burguesa, porque brindó la oportunidad de hacer realidad sus planes. Pero tras la victoria del socialismo, las personas no necesitarán más la libertad de acto y pensamiento. Cualquier cambio significaría desviarse del estado perfecto del hombre, que ha alcanzado la felicidad socialista. En tales condiciones, sería una locura tolerar la disidencia. La libertad, según los bolcheviques, es un prejuicio burgués. El hombre común no tiene ideas propias; no escribe libros, no crea teorías heréticas, no inventa nuevos métodos de producción. Solo quiere disfrutar de la vida; los intereses de la clase de intelectuales que se ganan la vida como disidentes e innovadores profesionales no les son de utilidad alguna. Es imposible expresar un mayor desprecio por el hombre común. No hay necesidad de cuestionar este punto de vista. La cuestión no reside en la capacidad del hombre común de utilizar por voluntad propia la libertad de pensar, hablar y escribir libros, sino en si los convencionalistas pasivos han de beneficiarse de la libertad otorgada por aquellos que les superan en intelecto y fuerza de voluntad. El hombre común puede permanecer indiferente a los asuntos de personas más capaces que él, e incluso tiende a desaprobarnos; pero siempre estará dispuesto a beneficiarse de todas las mejoras conseguidas mediante los esfuerzos de los innovadores. No examina detalladamente aquello que le parece una casuística excesiva. Pero tan pronto como algún emprendedor utiliza las ideas y teorías de los pioneros para satisfacer las necesidades latentes del hombre común, éste se lanza a por el nuevo producto. Sin lugar a dudas, el mayor beneficiario de los avances de la ciencia y la tecnología moderna es el hombre de a pie. Es cierto que el hombre medio carece de la capacidad intelectual para unirse a las filas de los líderes de la industria. Pero la soberanía en los asuntos económicos, la que le es otorgada por el mercado, estimula a ingenieros y empresarios a orientar la producción de modo tal, que el hombre común sea beneficiario de todos los logros de la investigación científica. Las personas que no son capaces de aceptar este hecho son aquellas, cuyo horizonte intelectual se limita a la estructura interna de una industria, y que no entienden de cuál es el principio de actividad de un empresario.

Los adeptos del sistema soviético nos repiten con constancia que la libertad no es el bien supremo. Que «no es un bien valioso» si poseerla implica la pobreza. Sacrificarla por el bienestar de las masas está suficientemente justificado. En Rusia todos están felices, a excepción de un puñado de individualistas rebeldes que no se pueden adaptar al estilo de vida del proletariado. No vamos a discutir acerca de si también eran tan felices aquellos millones de campesinos ucranianos que murieron de hambre, los prisioneros en los campos de trabajo, reclusos por el afán de «limpieza» de los dirigentes marxistas. Pero no podemos ignorar el hecho de que los países occidentales ostentan una calidad de vida mucho mayor que el Este comunista. Al rechazar la libertad como pago por la prosperidad, Rusia firmó un acuerdo malogrado; ahora carece de ambas.

V

La filosofía romántica se desarrolló bajo la ilusión de que en los albores de la historia el hombre era libre, y que la evolución histórica le privó de su libertad original. Jean-Jacques Rousseau creía que la naturaleza hizo al hombre libre, pero la sociedad lo ha convertido en un esclavo. En realidad, el hombre primitivo era vulnerable a cualquiera más fuerte que él y que pudiera quitarle sus precarios medios de vida. En la naturaleza no hay nada que se pueda llamar libertad; este concepto sólo se puede aplicar a las relaciones interpersonales en sociedad. Asimismo, es cierto que la sociedad no puede realizar el concepto ilusorio de la independencia absoluta del individuo. Como parte de la sociedad, cada persona depende de qué tipo de contribución a su bienestar están dispuestos a hacer otros individuos, recibiendo éstos a cambio una contribución a su propio bienestar; la esencia de la sociedad es el intercambio recíproco de servicios. Las personas son libres en la medida en que son capaces de elegir. Ya no ejercen su libertad si se le obliga a aceptar los términos de intercambio mediante la violencia o la amenaza de violencia. Y no importa su propia opinión al respecto: el esclavo no es libre precisamente porque su señor define sus obligaciones, así como también la recompensa por

su desempeño. El gobierno, aparato social de la represión y disuasión por excelencia, no tiene nada que ver con la libertad. La esencia del Gobierno es el rechazo y la negación de la libertad. El gobierno es el uso de la violencia o amenazas de violencia para obligar a todas las personas a obedecer, les guste o no. Allí donde se establece la jurisdicción del gobierno, no hay libertad, hay coerción. Es una institución necesaria. Es un medio para que el sistema de cooperación social funcione bien, para protegerlo de acciones violentas por parte de bandidos nacionales o extranjeros. El gobierno no es, como a algunos les gusta afirmar, un mal necesario, no es un mal, sino un medio, un único medio para hacer posible la convivencia pacífica de las personas. Pero el gobierno es la antítesis de la libertad. El gobierno es la golpiza, el encarcelamiento y la pena de muerte. Cualquiera que sea la iniciativa del Estado, en última instancia se basa en las acciones de la policía armada. Si el Estado dirige las escuelas y los hospitales, los fondos necesarios se recogen a través de impuestos, es decir, el dinero recaudado de los ciudadanos. Teniendo en cuenta que —según la naturaleza humana— sin el gobierno de violencia no habría civilización ni paz, podemos llamarlo la institución humana más valiosa. Pero el hecho sigue siendo innegable: el gobierno es represión, no libertad. Hay que buscar libertad en los ámbitos en los que el gobierno no interviene. La libertad política siempre es una liberación del gobierno y limitación de su intervención. Sólo existe en las áreas donde los ciudadanos tienen la oportunidad de elegir un modo de actuar. Los derechos civiles son leyes que definen con exactitud el ámbito y la medida en la que las personas con poder gubernamental pueden limitar la libertad de acción del resto. Al establecer el gobierno, las personas perseguían un objetivo: hacer posible el funcionamiento de un sistema particular de cooperación social basado en la división del trabajo. Si la gente desea vivir en un sistema social como el socialismo (comunismo, planificación), la esfera de la libertad se torna inexistente. Todos los ciudadanos en todos los ámbitos de sus vidas están subordinados a las decisiones del gobierno. El Estado es un Estado total y el régimen es totalitario. El propio Estado tiene previsto obligar a todos a actuar de acuerdo con su plan único. En una economía de mercado, las personas son libres de elegir la forma en la que desean



El Gobierno, aparato social de la represión y disuasión por excelencia, no tiene nada que ver con la libertad. La esencia del Gobierno es el rechazo y la negación de la libertad.

integrarse en la estructura de cooperación social. Las acciones espontáneas de las personas son posibles solo en el ámbito de mercado libre. En este sistema, conocido como *laissez faire* —lo que Ferdinand Lassalle llamó al Estado-vigilante nocturno— está la libertad, porque es un área donde las personas son libres de crear sus propios planes.

Los socialistas deben reconocer que en el sistema socialista no puede haber libertad. En vez de eso, tratan de borrar la distinción entre un Estado de esclavos y libertad económica, negando

la existencia de la libertad en el intercambio mutuo de bienes y servicios en el mercado. Cualquier intercambio mercantil se considera por los representantes de la escuela de legislación prosocialista como «un freno a las libertades de los demás». En su opinión, no hay diferencia entre el pago de impuestos o sanciones impuestas por el juez, y la compra de un periódico o una entrada de cine. En todos estos casos, la persona está sujeta a la autoridad del gobierno. No es libre, ya que, según el profesor Hale, libertad es «ausencia de obstáculos para el uso de los bienes materiales».⁶ Esto significa: yo no soy libre; la mujer que compro un jersey (probablemente un regalo a su marido por su cumpleaños), crea un obstáculo para mi uso de él. Yo mismo limito la libertad de todos los demás, porque me niego a que ellos usen mi cepillo de dientes. De acuerdo con esta doctrina, en este caso yo hago uso de un poder dominante privado, similar a la autoridad del gobierno estatal, el mismo poder que el gobierno utiliza para retener a alguien en la prisión de Sing-Sing. Los defensores de esta maravillosa doctrina llegan a la conclusión lógica de que no hay libertad en ningún sitio. Afirman que lo que ellos llaman presión económica no se distingue sustancialmente de la presión ejercida por el amo a sus esclavos. Al rechazar aquello que denominan poder gubernamental privado, no se oponen a las restricciones a la libertad ejercida por una autoridad gubernamental pública; quieren concentrar todo lo que ellos llamaban *restricciones a su libertad* en manos del gobierno; critican la institución de la propiedad privada y las leyes que, según ellos, están «a la guardia de los derechos de propiedad, es decir, niegan la libertad a aquellos cuyas acciones están dirigidas a su violación».⁷ No hace mucho tiempo, todas las amas de casa preparaban sopas guiándose por las recetas que aprendieron de sus madres o del libro de cocina. Hoy en día, muchas amas de casa prefieren comprar una lata de sopa, que solo han de calentar y servir. Sin embargo, los doctores en ciencias aseguran que la empresa de fabricación puede estar restringiendo la libertad de las amas de casa al fijar el precio de los

⁶ ROBERT L. HALE, *Freedom Through Law, Public Control of Private Governing Power* (New York: Columbia University, 1952), pp. 4 ff.

⁷ *Ibidem*, p. 5.

alimentos enlatados, que impiden su uso. Aquellas personas que no han tenido el privilegio de aprender de tan eminentes maestros dirían que la empresa elimina el mayor obstáculo para el consumidor del producto: su inexistencia. El olor del producto no satisface a nadie si el producto no existe. No obstante, los científicos afirman que estas personas están equivocados. Las corporaciones dominan a las amas de casa, destruyendo su libertad individual mediante una concentración excesiva de poder. Y es el deber del gobierno prevenir el abuso. Las empresas deben estar bajo control del Gobierno, escribe —con la ayuda de la Fundación Ford, uno de estos grupos— el profesor Berle.⁸ ¿Por qué nuestra ama de casa compra alimentos enlatados, y no se limita a utilizar las recetas de su madre y su abuela? Sin duda, porque considera que es más favorable para ella misma que seguir las pautas tradicionales. Nadie la ha forzado. Algunas personas —los llamados brokers, comerciantes, capitalistas, especuladores, jugadores— con el fin de satisfacer el deseo latente de millones de amas de casa, han invertido en la industria conservera. Otros capitalistas igualmente egoístas, mediante el trabajo de cientos de empresas diferentes, suministran a los consumidores cientos de otras cosas. Cuanto mejor sirva la empresa a la población, más clientes atraerá, y mayores serán sus dimensiones. Entre en un hogar estadounidense promedio y verá quién es el objetivo de toda esta estrategia.

En una sociedad libre, nadie tiene prohibido proporcionar a los consumidores un mejor servicio que el que éste ya posee, sólo para adquirir mayor riqueza. Un hombre necesita solo su inteligencia y trabajar duro. «La base de la civilización moderna, de casi todas las civilizaciones —dice Edwin F. Cannan, el último de una larga lista de eminentes economistas británicos— es un principio, según el cual la posición de aquellos que satisfacen la demanda del mercado es agradable, y la posición que aquellos que no lo han conseguido, desagradable».⁹ Todo debate acerca de la concentración de poder económico carece de sentido. Cuanto

⁸ A.A. BERLE, JR., *Economic Power and the Free Society, a Preliminary Discussion of the Corporation* (New York: The Fund for the Republic, 1954).

⁹ EDWIN CANNAN, *An Economist's Protest* (London, 1928), pp. VI y ss.

más grande sea la empresa, ofrece su servicio a una mayor cantidad de gente, y más depende de la satisfacción del consumidor, de las masas, del pueblo. En una economía de mercado, el poder económico está en manos de los consumidores. La empresa capitalista no pretende conservar un estado de producción estable. Más bien busca la innovación continua, repite constantemente sus intentos de ofrecer al consumidor nuevos productos, mejores y más baratos. Cualquier estado de la producción es un fenómeno transitorio. Hay una constante tendencia a reemplazar lo que se ha logrado con algo más, que sirva mejor a los consumidores. En consecuencia, el capitalismo implica un cambio permanente de las élites. El rasgo distintivo de aquellos a quienes llaman líderes de producción es la generación de nuevas ideas y su puesta en funcionamiento. No importa cuán grande sea una corporación; está condenada en cuanto deja de cumplir con la adaptación diaria del servicio a las necesidades del cliente. Sin embargo, los políticos y otras personas que se consideran reformistas, solo ven la estructura actual de la industria. Se creen lo suficientemente listos como para quitarle a las empresas el control de la industria en la forma en la que ésta existe hoy en día, y gestionarlo, manteniendo una determinada línea de producción. Mientras los nuevos empresarios ambiciosos, que se convertirán en los magnates del mañana, ya están desarrollando planes para implementar un proyecto sin precedentes, los reformadores siguen el camino trillado. Hasta el día de hoy no se ha registrado un solo caso de una innovación industrial, ideada y llevada a cabo por un burócrata. A fin de no caer en el estancamiento, es necesario liberar las manos de aquellos desconocidos que hoy tienen el ingenio para guiar a la humanidad por el camino de una mejora constante de la calidad de vida. Éste es el principal problema de la organización económica en cualquier país. La propiedad privada de los factores materiales de producción no es una restricción de la libertad de todas las personas de elegir lo que más les convenga; por el contrario, es una herramienta que da a la gente común la supremacía de comprador en todos los asuntos económicos. Es un medio para animar a los más emprendedores del país a utilizar todos sus conocimientos para satisfacer las necesidades de la gente.

VI

Sin embargo, la lista de cambios radicales que el capitalismo ha introducido en la vida de la gente común sería incompleta si solo tuviéramos en cuenta la primacía del hombre común como consumidor en el mercado, como votante en el ámbito público, y el hecho del aumento sin precedentes de su calidad de vida. Es no menos importante el hecho de que el capitalismo le ha dado la oportunidad de ahorrar, acumular e invertir capital. El abismo que separa en una sociedad precapitalista de castas a propietarios y pobres desaparece paulatinamente. En el pasado, el jornalero recibía un salario tan escaso, que apenas podía acumular algo, y si lo hiciera, solo podría realizarlo ahorrando y escondiendo un par de monedas. Con el capitalismo, su calificación profesional le permite ahorrar, y hay instituciones que posibilitan la inversión de éstos ahorros. Una parte importante del capital que se utiliza en la industria norteamericana es fruto del ahorro de los empleados. Al comprar depósitos a plazo y cuentas de ahorro, seguros de vida, acciones y bonos, los mismos trabajadores son quienes se benefician de intereses y dividendos y, por tanto, de acuerdo con la teoría marxista, son explotadores. El hombre común está muy interesado en la industria no solo como consumidor y trabajador, sino también como inversor. El definido límite que antaño dividió a la gente en propietarios y no propietarios de los factores de producción, poco a poco se está borrando. Sin duda, esta tendencia puede surgir sólo en una economía de mercado no perjudicada por la denominada política social. El estado de bienestar y sus métodos de dinero fácil, la expansión del crédito y una mal disimulada inflación continuamente se «comen» partes de las imposiciones pagadas en la moneda de curso legal en el país. Los defensores autoproclamados del hombre común aún se rigen por una idea anticuada, afirmando que las políticas que son benévolas hacia los deudores y a expensas de los acreedores son beneficiosas para la mayoría. Su incapacidad para comprender la economía de mercado también se refleja en no ver lo obvio: aquellos a quienes supuestamente ayudan, sirviéndoles de ahorradores, titulares de pólizas de seguros, bonos y fondos de inversión son los mismos acreedores.

VII

El individualismo es un rasgo distintivo de la filosofía social occidental. Su objetivo reside en la creación de un área en la que el individuo sea libre de pensar, elegir y actuar sin encontrar limitación intervencionista del Estado, aparato social de coerción y compulsión. Todos los logros materiales y espirituales de la civilización occidental fueron resultado de la puesta en práctica de esta idea de libertad. Esta doctrina y su ámbito de aplicación en la vida económica —la política del individualismo y el capitalismo— no precisa de apologistas y propagandistas. Los logros hablan por sí mismos.

Los argumentos a favor del capitalismo y la propiedad privada se basan (entre otras razones), también en su eficiencia sin precedentes. Es debido a su eficacia de producción que el capitalismo proporciona un medio de vida a una población en rápido crecimiento, con un aumento constante del nivel de vida. La prosperidad creciente de las masas crea un ambiente social en el que las personas con talento son libres para dar a sus conciudadanos todo lo que sean capaces de crear. El sistema social de la propiedad privada y el gobierno limitado es el único sistema que proporciona influencia civilizadora a aquellos que tienen la capacidad innata de adquirir la cultura interna.

Es inútil minimizar los logros materiales del capitalismo, señalando que hay cosas más importantes para la humanidad que los coches rápidos y las casas con calefacción central, aire acondicionado, refrigeradores, lavadoras y televisores. Por supuesto, se dan aspiraciones nobles y elevadas; sin embargo, son supremas y nobles justamente porque son inalcanzables mediante cualquier acción externa: requieren compromiso y esfuerzo personal. Aquellos que hacen tales acusaciones contra el capitalismo, no hacen más que demostrar una visión muy primitiva y materialista de que la cultura moral y espiritual puede ser instaurada por el gobierno o mediante la creación de una estructura organizativa de producción adecuada. Los factores externos solo pueden crear un entorno y facilitar conocimiento, dando a la gente la oportunidad de desarrollar su personalidad e intelecto. El capitalismo no es culpable de que las masas prefieran el boxeo a la «Antígona» de

Sófocles, el jazz a las sinfonías de Beethoven o los tebeos a la poesía. No obstante, está claro que mientras la economía precapitalista dominante en la mayor parte del mundo permite el acceso a los bienes solo a una minoría, el capitalismo le da a todos la oportunidad de alcanzarlos.

Independientemente del punto desde el cual se analice el capitalismo, no hay razón para lamentar el final de algunos «buenos viejos tiempos». Aún menos razones hay para la nostalgia de una utopía totalitaria, ya sea la nazi o la soviética.

Hoy se ha inaugurado la novena conferencia de la Mont Pelerin Society. En esta ocasión es oportuno recordar que este tipo de reuniones, en las que se expresan opiniones contrarias a la mayoría de nuestros contemporáneos y sus gobiernos, sólo son posibles en un ambiente de libertad personal y política, que es la característica definitoria de la civilización occidental. Confiemos en que el derecho a disentir no desaparecerá nunca.